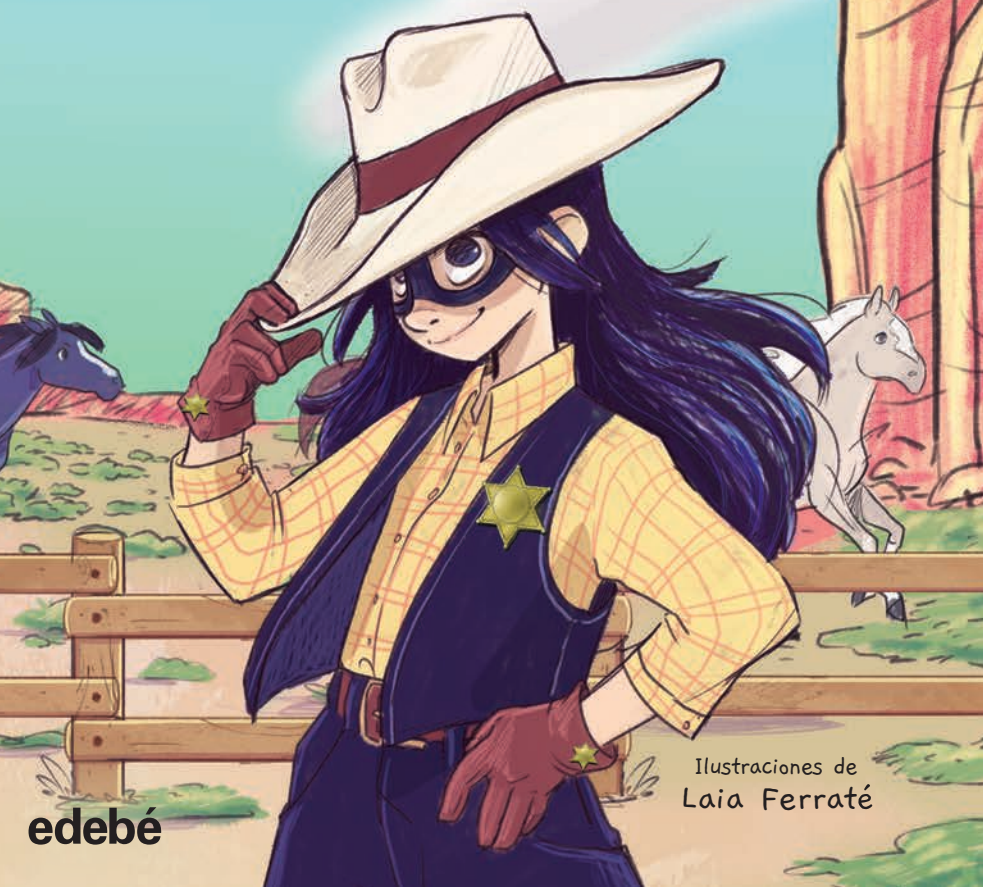


SANTIAGO GARCÍA-CLAIRAC

LILI

LA JUSTICIERA ENMASCARADA

SOLA ANTE EL PELIGRO



Ilustraciones de
Laia Ferraté

edebé

★ **LILI** ★

~ LA JUSTICIERA ~
ENMASCARADA

SOLA ANTE EL PELIGRO

SANTIAGO GARCÍA-CLAIRAC



LA JUSTICIERA
ENMASCARADA

SOLA ANTE EL PELIGRO

Ilustraciones de
Laia Ferraté

edebé

© Santiago García-Clairac, 2023

© Edición: EDEBÉ, 2023
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Dirección editorial: Reina Duarte
Coordinación de producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño: Book & Look
© Ilustraciones: Laia Ferraté

1.ª edición, junio 2023

ISBN: 978-84-683-6399-8
Depósito legal: B. 2676-2023
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).







Corrí con todas mis fuerzas.

Más deprisa de lo que nunca había corrido.

A toda velocidad.

Solo era una chica de once años que acababa de empezar un nuevo curso en el colegio.

Podía oír el eco de mis pasos acelerados, el latido de mi corazón, mi respiración cada vez más agitada.

Mis tres perseguidores me pisaban los talones.

Estaban a punto de atraparme.

Mi objetivo era la calle Mayor de San Antonio, donde estaría a salvo.

Si conseguía llegar allí, alguien me ayudaría.

—**¡NO CORRAS, LILIANA!**—me gritó Macario—. **¡NO TE VAMOS A HACER NADA!**

Por supuesto, era mentira.



Sabía muy bien lo que me esperaba si me pillaban.

Macario era nuevo en el colegio y la había tomado conmigo.

Sus dos compinches le ayudaban.

Distinguí la calle Mayor a lo lejos cuando de pronto... ocurrió.

Me resbalé.

A lo tonto.

En mitad de la carrera.

Caí de bruces sobre el suelo.

—**¡YA ERES NUESTRA!** —exclamó Macario—.
¿Por qué huyes?

—¿Qué queréis? —pregunté desde el pavimento.

—Hoy te has hecho la listilla en clase —dijo Camuñas—. Te gusta lucirte ante los profes, ¿verdad?

—Lo que le gusta es ponernos en ridículo —añadió Pirracas.

—**¡YO NO HE PUESTO EN RIDÍCULO A NADIE!**
—contesté—. **¡DEJADME EN PAZ!**

Los tres se rieron, como si hubiera dicho algo muy gracioso.

—Y a ver si te vistes como una chica normal —dijo Camuñas—, pareces un espantapájaros.

—¿A qué viene ese coletero amarillo en for-





ma de caballo? ¿Te gusta llamar la atención? ¿Ir de guay? —preguntó Pirracas, quitándomelo y dejando mi pelo negro totalmente suelto sobre mi cara—. Si quieres, te podemos dar unas clases de estilismo.

—Cómprate unas deportivas, como todo el mundo —me advirtió Macario—. Traes esas botas de montar a caballo, haciéndote la especial. ¿Te crees mejor que los demás?

Eran unos chulitos de pacotilla.

Les gustaba asustar.

Tirada en el suelo, rodeada por esos tres, exclamé:

—**¡ME VISTO COMO ME DA LA GANA! ¡NO TENGO QUE DAROS NINGUNA EXPLICACIÓN!**

—No sé quién te crees, Liliana, pero cualquier día vas a tener un problema —dijo Macario en tono amenazante.

—No me dais miedo —me atreví a decir.

—Pues a lo mejor deberías tenerlo —replicó Macario—. Somos supermajos, pero cuando alguien no nos respeta, nos transformamos.

—Ya te digo que nos transformamos —repitió Pirracas, como un loro.

Los tres cerraron el círculo sobre mí.

—¿Qué vais a hacer? —los desafié—. ¿Pegarme una paliza aquí en medio?





—Tengo una idea mucho mejor —murmuró Macario.

Miró a sus amigos.

Y entre los tres... **¡ME QUITARON LAS BOTAS!**

Grité.

Pataleé.

Traté de resistirme.

Pero no pude evitarlo.

Antes de irse con mis botas de montar, Pirracas me hizo un gesto burlón.

Camuñas se reía sin parar.

—Ten cuidado dónde pisas, Liliana —murmuró Macario, satisfecho de su gran proeza: robarle el calzado a una chica de su clase.

Algún día recibirían su merecido.

Puede que no hoy ni mañana, pero estaba segura de que, tarde o temprano, dejarían de salirse con la suya.

Me incorporé.

Descalza, crucé la calle para volver a mi casa.

Mis mejillas ardían de rabia y tenía los ojos llenos de lágrimas.

Me decía a mí misma que tendría que haberme defendido con más valentía.

Me decía que tal vez todo era por mi culpa.

Algo debía de haber hecho mal para que se metieran conmigo.





Eran tres, eran más grandes, y eran unos abusones.

Yo solo quería pasar desapercibida.

Que me dejaran en paz.

Estaba harta de que siempre ganase el más fuerte.

En los recreos, o en el comedor, o en el parque o a la salida del colegio.

Estaba harta de ver cómo los fuertes pasaban por encima de los débiles.

—¡ALGÚN DÍA SE HARÁ JUSTICIA!—exclamé, mirando al cielo.

Normalmente, no hablo sola.

Es que ese día, en ese instante, estaba muy cansada.

Me limpié con la manga de la camiseta para que mis padres no notaran que había llorado.

A lo lejos vi a Candelaria y a Guindilla, dos compañeros de clase, pero preferí no cruzarme con ellos. No tenía ganas.

Di media vuelta y atajé por el descampado hacia mi casa, en las afueras de San Antonio.

Vivía con mis padres en el Rancho Clayton, donde criábamos caballos.

Sé que puede sonar un poco rimbombante: Rancho Clayton.

Qué le voy a hacer.





Yo no le puse el nombre.

Mi padre lo había llamado así en honor al actor John Clayton.

Siempre repetía que era el mejor actor de todos los tiempos, cosa que yo no entendía muy bien, ya que se había pasado toda la vida con la cara tapada por un antifaz.

John había interpretado durante muchos años al personaje del Justiciero Enmascarado en una serie de televisión que se había rodado muy cerca de nuestra casa, en el Poblado del Oeste.

El Poblado era una reproducción a escala real de un antiguo pueblo del lejano y salvaje Oeste, y había salido en muchas películas. Los cineastas venían desde Hollywood hasta Almería para rodar escenas en este decorado.

Ah, no lo he dicho antes, pero San Antonio y el rancho, mi hogar, están en Almería, que es un lugar increíble con desiertos y un parque natural y muchas otras cosas.

Las productoras solían alquilar los caballos de mi padre. Unos caballos adiestrados, habituados a los rodajes.

Por lo visto, mi padre le había conseguido ese caballo negro tan bonito que salía en la serie de televisión *El Justiciero Enmascarado*.





John Clayton y él se hicieron amigos, a los dos les encantaban los caballos y las historias del Oeste.

Mi padre hablaba todos los días y a todas horas de John. Se conocía de memoria todos los capítulos de la serie.

Desde muy pequeña, yo me aficioné a las películas y los cómics del Oeste.

Otros niños de mi colegio preferían las historias de superhéroes o de dragones y cosas así. Pero a mí las que más me han gustado siempre son las del Oeste.

Para el que no lo sepa, hubo una época en que se hacían muchísimas películas y series y novelas y cómics del Oeste.

Últimamente se hacen muy pocas.

Soñaba que algún día quizá yo podría rodar un auténtico wéstern.

Y viajar al lejano y salvaje Oeste.

Al año 1870, por ejemplo.

Cabalgar por la pradera con los indios, entre bisontes, conocer al séptimo de caballería y al gran jefe apache Gerónimo.

Pero yo no quería salir como actriz. A mí eso no me gusta. Yo quería ser especialista. Montar a caballo, pegar saltos, tirarme desde un tejado. **¡ESO SÍ QUE MOLABA!**





Quería rodar en el Poblado del Oeste.

Y después viajar a Hollywood, donde se hacen muchas de las grandes series y películas.

Por lo visto, allí las buenas especialistas están muy cotizadas.

Puede que algún día.

Llegué al rancho y crucé la valla que rodeaba la casa.

Entré por la puerta de atrás para que nadie me viera. Estaba segura de que me iban a notar que estaba nerviosa y no quería contarles que había vuelto a tener un encontronazo con Macario y compañía.

—Hola, Liliana —me saludó la abuela Ana, desde su enorme mecedora situada bajo la sombra del gran árbol del patio: una acacia que llevaba allí toda la vida.

—Abuela, ¿qué haces aquí a estas horas? ¿No ves que hace mucho calor? Anda, entra en casa, estarás más fresca —dije.

—Prefiero quedarme aquí fuera. Ver el desierto me anima —aseguró ella—. No hay nada más bonito que el desierto, Liliana. Tenemos mucha suerte de vivir aquí.

—Si tú lo dices —musité—. Voy a mi habitación a hacer los deberes, tengo mucho trabajo.



—No es buena idea ir descalza —comentó, sin darle mayor importancia.

—Sí, sí, ahora me calzo —respondí—. Gracias, abuela.

Aunque no dijo nada más, sabía perfectamente que a la abuela Ana no se le escapaba ni una. Es muy lista, seguro que había notado en mis ojos que había llorado. No he conocido en mi vida a nadie tan observadora como ella.

Entré en el cuarto de baño y me arreglé un poco. Me recogí el pelo y me refresqué la cara. Limpié las manchas de la ropa. Me calcé. Y por último me cambié de camiseta, la que llevaba puesta tenía la manga descosida.

Me quedé un rato ante el espejo, mirándome y haciéndome preguntas.

¿Hasta cuándo iba a soportar que esos idiotas del colegio se metieran conmigo?

Lo hacían un día y otro y otro desde principio de curso.

Hoy me habían robado las botas y el coletero.

Otro día me habían metido dentro de un contenedor de basura.

Otro, me habían tirado de cabeza al bebedero de los caballos.



Y así siempre.

En clase nos habían explicado que, si sufríamos cualquier tipo de acoso, teníamos que denunciarlo a un adulto.

Pero yo no era una chivata.

Además, mis padres ya tenían sus propios problemas, no quería traerles más líos.

Vale, sé lo que diría Ángela, mi profesora y tutora: «Eso no es ser una chivata, Liliana, eso es hacer justicia».

A mí me encantaba la justicia.

Y sabía que Ángela tenía razón.

Sin embargo, me daba miedo que, si los denunciaba, no sirviera de nada. Al revés: las cosas se pondrían peor.

Ni siquiera tenía pruebas.

Era una injusticia tremenda.

Me encerré en la habitación y me quedé estudiando hasta la hora de la cena.

Cuando entré en el comedor, la abuela ya estaba sentada y mi madre colocaba una cazuela en el centro de la mesa.

—¿Ya te has lavado las manos? —me preguntó al verme.

—Hum —respondí—. ¿Qué tenemos hoy para cenar?

—Siéntate y lo verás —dijo ella, secamente.



—No te veo muy contenta, mami —le dije, dándole un beso—. ¿Ha pasado algo?

—¿Qué va a pasar? Que la cosa no marcha. Poco trabajo y poco dinero. Las deudas crecen. Tu padre me preocupa, cada vez está más enfurruñado. Y yo cada día tengo menos alumnos. Ya nadie quiere ser especialista de acción.

Mi madre es una gran jinete que se ha especializado en escenas de peligro con caballos. Ella me ha enseñado todo lo que sé. Cuando no trabaja en alguna película, da clases para formar especialistas. Ha hecho de doble de actrices y actores muy famosos.

Siempre la he admirado.

Estoy segurísima de que, si viviéramos en Hollywood, las cosas le irían mucho mejor.

Las profesiones de mis padres estaban pasadas de moda.

Eso repetía todo el mundo en el pueblo.

Sin embargo, a ellos les encantaba.

Se habían conocido en el Poblado del Oeste, haciendo demostraciones para los turistas. Que es en lo que se había convertido aquel lugar: en un gigantesco parque de atracciones para niños y mayores. Apenas había ya rodajes.

Se notaba que mis padres adoraban todo aquello.



Yo también, la verdad.

Me senté al lado de la abuela y la ayudé a servirse.

De repente, escuchamos un frenazo.

Un coche se había detenido junto a la puerta.

Las tres nos miramos extrañadas: últimamente, mi padre volvía siempre a casa de mal humor.

Parecía que todos en la familia sufríamos una mala racha.

Todos, menos la abuela Ana, que siempre tenía una buena palabra o un consejo de ánimo a punto.

Mi padre entró en tromba.

Por primera vez en mucho tiempo, sonreía de oreja a oreja.

—**¡FAMILIA! ¡TENGO MUY BUENAS NOTICIAS!**
—anunció, exultante.

—¿Te ha tocado la lotería? —bromeó mi madre.

—Mucho mejor —dijo mi padre—. **¡TACHÁN!** Se va a rodar una serie de televisión del Oeste y **¡CUENTAN CONMIGO PARA LOS CABALLOS!**

—Pues sí que es una buena noticia —dije—.
¿Cuándo empiezan a rodar?

—Ya están llegando los técnicos y los acto-





res. Pero eso no es todo... **¡LO MEJOR ES QUE ES UNA SERIE NUEVA DEL JUSTICIERO ENMASCARADO! ¡CON JOHN CLAYTON!**

Mi madre le miró suspicaz.

—John Clayton está muy mayor para interpretar ese papel.

—¿¡Cómo que mayor, si tiene mi edad!?

¿Me estás llamando viejo?

—No, Manolo, solo dice que tienes mucha experiencia —terció mi abuela.

—Sabed que, en primer lugar, estoy más en forma que cuando hacíamos la serie. Y segundo: el protagonista es **¡EL HIJO: JOHNNY CLAYTON!**

—¿Su hijo? —pregunté—. ¿Cuántos años tiene?

—No lo sé, pero por las fotos que me han enseñado, se parece mucho a su padre y debe de tener más o menos catorce o quince años. La serie se va a llamar *El Joven Justiciero Enmascarado*. Ya sabéis: ahora lo rejuvenecen todo. Solo piensan en el público adolescente.

La abuela Ana escuchó con atención.

—A mí también me gustan las series de adolescentes —dijo ella.

Mi abuela es total, nunca sabes por dónde va a salir.





—Me han dicho que John Clayton padre vendrá algunos días al rodaje —explicó mi padre—. Querrá apoyar a su hijo.

—La de migas que le habré hecho yo a ese hombre —dijo la abuela—. Las migas de Almería deberían declararse bien de interés mundial. A los americanos les encantan.

—Entonces, ¿van a estar una temporada por aquí? —pregunté.

—Hablan de dos años. Van a hacer dos temporadas de un tirón, con posibilidad de renovar una tercera si la serie va bien —aseguró mi padre—. Nos va a salvar el negocio. Ya estaba cansado de dar paseítos con turistas. Los caballos están deseando un buen rodaje, se les nota en la mirada.

—No te quejes, si no fuese por los guiris, no habríamos sobrevivido —musitó mi madre—. A ver si es verdad que el rodaje dura tanto tiempo. No me fío yo, ya sabes que las series las cancelan si son muy malas, o si no las ve nadie. Y los productores cambian mucho de idea. Un día quiero una cosa, otro día quiero otra... No me fío, no señor...

—Yo tampoco, pero prefiero decepcionarme esperando lo mejor y no vivir agobiado esperando lo peor —dijo él.





Me gustó esa frase.

La apunté mentalmente para usarla en algún momento.

Cenamos entre risas y bromas. Durante un rato me olvidé de Macario y los otros dos.

Mi familia estaba tan contenta con ese nuevo rodaje que mi problema me pareció una bobada.

De ninguna manera quería disgustarlos con mis cosas. Ahora menos que nunca.

—Estarás feliz con el rodaje, ¿verdad? —me preguntó la abuela, como si me hubiese leído el pensamiento.

—Claro, papá estará más tranquilo, tendrá más trabajo, y tal vez contraten también a mamá para las escenas peligrosas —respondí—. Además, a los caballos les vendrá bien un poco de acción.

—Entonces, sonrío más —añadió la abuela—. Cuando sonrías, estás mucho más guapa, Liliana.

Después de recoger, mi padre y yo subimos a la buhardilla. Allí guardaba todos sus recuerdos de los rodajes. También había una biblioteca de libros y tebeos antiguos del Oeste.

En lo más alto de la casa estaba todo lo que me había enseñado sobre los vaqueros, los





sheriffs, los indios y todo lo demás. Aquello era como un santuario de los wésterns.

Me sabía de memoria los nombres de los escritores, dibujantes, guionistas, directores, actores y actrices de cine... Estaba al tanto de los personajes... El Llanero Solitario, Billy el Niño, el Zorro, Buffalo Bill... También había leído cientos de novelas.

A lo largo de los años, me había convertido en una experta sobre el Oeste.

—Hoy podemos ver el capítulo de cuando el Justiciero Enmascarado se enfrenta a la banda de Mason —propuso mi padre.

La detención de la banda de Mason era uno de nuestros episodios favoritos.

—Ese rodaje fue estupendo —dijo él—. John Clayton es el mejor actor que ha pasado por estas tierras, y te aseguro que han pasado muchos. Nació para interpretar al Justiciero Enmascarado.

—Papá, ¿por qué en ningún episodio sale nunca una justiciera chica? —le pregunté.

—Liliana, hija, en la serie salieron muchas actrices estupendas —respondió—. Pero Justiciero Enmascarado solo hay uno. Y es hombre.

Aunque sus palabras no me convencieron, no quise discutir.



La buhardilla era nuestro museo particular. Aquí había pasado muchos de los mejores momentos que podía recordar.

—¡MIRA, LILIANA! —exclamó mi padre, entusiasmado, como hacía siempre que aparecía su nombre en los títulos de crédito—. ¡AHÍ ESTOY!

«Maestro de caballos: Manuel Rodríguez», se podía leer en letras blancas sobre fondo negro.

Mientras daba comienzo el capítulo, me asomé un momento por el ventanuco de la buhardilla. Me había parecido oír ruidos fuera.

Sobre la valla de mi casa, vi algo que me llamó la atención.

Eran mis viejas botas de montar.

Alguien las había dejado allí.

Completamente rasgadas.